

# Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light skin and manicured nails, placing a dark teal puzzle piece into a larger puzzle. The puzzle pieces are set against a background of a teal grid with faint white numbers. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the interlocking shapes of the puzzle.

“LA IDENTIDAD PERSONAL”  
EI-010823-089

# “LA IDENTIDAD PERSONAL”

## © 2023 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

*Primera edición: agosto 2023*

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com  
www.vidadeiglesia.org  
vidadeiglesiaorg.blogspot.com  
asesalegal@gmail.com

**EI-010823-089**

## “LA IDENTIDAD PERSONAL”

S  
E  
M  
A  
N  
A  
—  
1  
—

Tarde o temprano a todos nos cambia la vida; los que hoy nos sentimos vigorosos, de un momento a otro nos alcanzarán los años en que las fuerzas se acabarán; y los que hoy son niños y nosotros auxiliamos, después ellos van a ser los que nos van a auxiliar a nosotros. Llegarán los años en los que ni siquiera podremos disfrutar lo que con mucho esfuerzo nos propusimos hacer en la vida, y así progresivamente, nos iremos dando cuenta de que todo se marchita. Es imposible no envejecer; los jóvenes tarde o temprano llegarán a la adultez, igualmente los adultos entrarán a la vejez, y los ya mayores terminarán sus días sobre la faz de la tierra. No podemos detener el deterioro que los años le causan a nuestro cuerpo, ni mucho menos llegar al fin de nuestros días porque el tiempo no se detiene. A menos que estemos vivos cuando el Señor venga no gustaremos la muerte, de lo contrario, la muerte se acercará sorpresivamente a todos los mortales. Para la gran mayoría, morir va a ser un tiempo de pena y dolor, pero para los que conocemos al Señor, y estemos firmes en nuestra caminata con Él, ese momento puede ser un escenario glorioso.

Vale la pena hacernos la siguiente pregunta:

¿Qué va a ser de nosotros cuando vayamos envejeciendo? Nos guste o no, lo creamos o no, todos vamos a envejecer tarde o temprano. Conocí

a un hombre que por muchos años de su vida, desde su levantar hasta su acostar, su tarea y su pasión fue hablar la Palabra, me refiero al apóstol Otoniel Ríos; sin embargo, a sus setenta años se enfermó y ya no pudo predicar, y al poco tiempo murió. Así nos va a alcanzar a todos la vejez; el tiempo avanza, y cuando menos sintamos estaremos a las puertas de abandonar este mundo. Veinte años son más que suficientes para ver grandes cambios en la vida. En veinte años los adolescentes de hoy se habrán convertido en jóvenes; en veinte años los jóvenes que hoy están en edades casaderas ya serán padres; en veinte años los que hoy son padres serán abuelos, y en veinte años los que hoy son abuelos muy probablemente ya habrán partido con el Señor.

Ahora bien, dejemos a un lado la vejez natural, pensemos en nuestra vida espiritual: ¿Nos encontrarán los años de la vejez sirviéndole al Señor con todo nuestro ser? ¿Qué tenemos que hacer para llegar a viejos y ser hallados perseverando para tener la probabilidad de ser aprobados por el Señor? La respuesta a esta interrogante es tener “Identidad Personal”. Este concepto de identidad personal se refiere al conjunto de características que definen a un individuo, y le permiten reconocerse a sí mismo como uno distinto y diferenciado de los demás. La identidad es también la percepción, la apreciación y la definición que llegamos a tener de nosotros mismos. En palabras nuestras pudiéramos decir que la identidad es nuestro patrimonio interior, es aquello de lo que echamos mano para vivir nuestra realidad existencial. Es aquello de lo que nos

aferramos en nuestro interior para decir: “esto soy, y esto tengo” (y no en referencia a algo externo, si no de lo que tenemos interiormente porque lo exterior es efímero, pasajero, voluble, y no es tan penetrante como lo interior).

Un rasgo de la identidad es aquello que experimentamos, vivimos y acumulamos a través de nuestro desarrollo emocional y físico. Todo lo que nos rodea nos brinda una identidad, incluyamos en esto a la familia, la sociedad, las amistades, la cultura, y todas aquellas cosas que de alguna manera tocan a la puerta de nuestra realidad existencial para llegar a tener una identidad personal.

La Identidad personal es la marca indeleble que llevamos en el interior, por medio de la cual podemos tener una consideración de nosotros mismos, de lo que creemos, de lo que pensamos, y de lo que expresamos. Dicha identidad personal la alcanzamos a lo largo de nuestro desarrollo emocional y físico, por lo cual tiene ciertos cambios con el pasar de los años. Cuando logramos madurar nuestra identidad personal, entonces, también logramos tener una realidad existencial; éste es un rasgo único de los seres humanos, Dios nos hizo así, diferentes de las demás cosas creadas, y diferentes unos de otros.

Antes de conocer al Señor Jesús, todos los seres humanos forjamos nuestra identidad personal a través de nuestra realidad existencial, sea ésta buena o mala. Ahora bien, cuando conocemos al

Señor, y empezamos a caminar con Él, debemos de esforzarnos por obtener una nueva identidad, porque en realidad tenemos una Nueva Vida en Cristo. Sólo poseyendo una nueva identidad, nada ni nadie nos podrá separar del amor que es en Cristo Jesús.

En el plano natural, un rasgo de nuestra identidad se manifiesta en el apego que tenemos hacia un territorio específico. Por ejemplo, alguien que se fue ya mayor a un país extranjero, va desear regresar a su país y lugar de origen. Si bien alguien puede haber estado en un país más desarrollado, y con una mejor calidad de vida, sin embargo, su identidad lo hará extrañar su familia, su cultura, sus tradiciones, etc. y tarde o temprano hará lo posible por regresar a su lugar de origen. Igualmente les sucede a los que han emigrado al extranjero, y de pronto en aquel lugar lejano escuchan el Himno Nacional de su país, todo su interior se estremece al escuchar esas notas musicales. ¿Por qué? Porque su identidad personal les hace recordar su origen. Y así, en la identidad personal se van escribiendo muchas cosas tales como la afición por un equipo de fútbol, el estilo de música que escuchamos, etc. La pregunta es: ¿Por qué en el plano espiritual no sentimos tal identidad?

De alguna manera debemos identificarnos como Hijos de Dios. Llegará el tiempo en el que tendremos que luchar para mantener la fe en medio de la enfermedad; llegará el tiempo en el que tendremos que abstenernos de disfrutar de este

mundo, y ¿qué sucederá si no tenemos una identidad espiritual bien arraigada?. Jóvenes, les llegará el tiempo en que ya no va a estar papá para llevarlos a la Iglesia casi obligadamente; les llegará el tiempo cuando ya no tengan a nadie que los obligue a leer la Biblia. Algunas jovencitas pueda que vivan la experiencia de que su pareja, lejos de colaborar y motivarlas para ir a la Iglesia, sus esposos les van a decir: “Amor, no vayamos ahora a la Iglesia, quedémonos descansando en casa”. ¿Qué harán en ese tiempo jovencitas si no tienen una identidad como Hijas de Dios?.

## **Colosenses 2:6**

*“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; 7 arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias”.*

La invitación que nos hace la Palabra es a que experimentemos, que vivamos, y que andemos en Él (en Dios). Pero en el v:7 encontramos unas palabras muy apropiadas para ampliar este tema que estamos estudiando, y son las palabras: “arraigados” y “sobreedificados”. Estas dos palabras nos ayudan a entender que no basta sólo con ser constantes para congregarnos, que no basta sólo con experimentar a Dios, ni caminar con Él, si no que tiene que sucedernos algo más allá de estas cosas que obviamente son más que necesarias. Lo que el apóstol Pablo nos dice es que es necesario que exista un arraigo de las cosas de Dios en nuestras vidas.



El arraigamiento es una palabra que se usa para explicar lo que le sucede a una planta en su crecimiento hacia adentro de la tierra. Arraigar es meter algo hacia adentro para poder sostener lo de afuera. Para que nosotros podamos encontrar identidad como Hijos de Dios es fundamental que tengamos un patrimonio interior. El Apóstol Pablo también usa la palabra “sobreedificaos” porque esto nos habla del compromiso que tenemos de darle una expresión a ese arraigo interior que poseemos. Si queremos estar de pie en Aquel día cuando el Señor aparezca, o cuando vengan los tiempos en los que no podamos echar mano de nada más que lo que concebimos de nosotros mismos en nuestra realidad existencial, es necesario que aprendamos a estar arraigados y sobreedificados en Él.

Veamos algunos principios necesarios para poder arraigarnos y sobreedificarnos en el Señor:

## 1.- SÓLO TENDREMOS UNA IDENTIDAD SI LOGRAMOS DEJAR ATRÁS LO QUE REALMENTE YA QUEDÓ ATRÁS.

S  
E  
M  
A  
N  
A  
—  
2  
—  
¿Por qué nos cuesta muchas veces encontrar identidad en el Señor? Porque la mayoría de veces no somos capaces de dejar atrás lo que Dios ya dejó atrás. Nuestro pasado antes de venir al Señor debe ser únicamente eso, un pasado. Dice **2 Corintios 5:17**

*“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.*

En la administración de Dios nuestro pasado ya no existe. Si alguien le preguntara a Dios Padre qué opina sobre la vida pasada que tuvimos antes de conocer al Señor Jesús, sería algo que Él no pudiera contestar, porque para Él los creyentes somos nuevas criaturas. Para Dios la parte de nuestro ser llamado “viejo hombre” ya fue crucificado juntamente con Cristo. Debemos saber que en Cristo nuestro pasado ya fue sepultado, y por tanto, el cuerpo de pecado también fue destruido. Todo el bagaje psicológico de nuestra vida pasada, y todas las programaciones emocionales que construimos desde nuestra infancia, simple y sencillamente no existen para

Dios. Todo lo relacionado a nuestra vida pasada no es un problema para Dios, el problema es de nosotros; porque somos nosotros los que seguimos echando mano de ese ser caído, somos nosotros los que no queremos dejar atrás esa parte oscura de nuestra existencialidad. ¿Por qué razón no podemos ser libres del viejo hombre? Porque si bien es cierto que el día que conocemos al Señor somos engendrados por el Espíritu Santo, Su Espíritu viene a morar con nosotros, y nos hacemos un Espíritu con Él, pero eso no significa necesariamente que Dios venga a invadir “todo” nuestro ser. Para que Dios invada todo nuestro ser es necesario que nosotros nos vaciemos de nosotros mismos en esas áreas de tinieblas llamadas: “vida pasada”. Esta es la razón por la cuál nos cuesta encontrar nuestra identidad como Hijos de Dios, porque todavía llevamos encima esa carga pesada llamada “viejo hombre”. En otras palabras, lejos de que sea Dios el que se esté arraigando en nuestro ser, lo que tenemos bien arraigado es nuestra vida pasada, la identidad como hombres caídos.

¿Qué debemos hacer para ir adquiriendo identidad en Cristo, e ir dejando atrás el pasado? Esto se va a dar en nosotros de manera similar a la experiencia de las personas latinas que emigran a los Estados Unidos, o a países europeos. Al principio ellos procuran mantener sus raíces latinas cocinando y comiendo tortillas, pupusas, tacos, y todo tipo de comida latina. Con el pasar del tiempo van dejando dichas costumbres y se adaptan a la comida de su nuevo ambiente. Podemos decir que (al menos en la

alimentación) ellos van perdiendo su identidad latina, y van adquiriendo otra identidad debido a que el ambiente los va cambiando. Preguntémosnos, entonces, ¿Cuál es el ambiente espiritual en el que debemos vivir para que vayamos adquiriendo una nueva identidad en Cristo?. No habrán cambios en nuestra identidad como Hijos de Dios si nuestras amistades siguen siendo personas que no conocen a Dios. Dice **Santiago 4:4**

*“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”.*

Bienaventurados aquellos que sus mismos amigos los desecharon por haber conocido al Señor. ¡Ay! de aquellos que no pueden dejar sus amistades pasadas. En cuanto a esto, el apóstol Pablo dice en **Gálatas 6:14**

*“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo”.*

Quiere decir que de alguna manera “cada uno de nosotros” debemos ir dejando atrás nuestra vida pasada. No esperemos que Dios haga esto por nosotros, más bien cada quien ejerza su voluntad y su libre albedrío para vivir como crucificado al mundo. Dice **1 Corintios 15:33**

*“No os dejéis engañar; las malas compañías corrompen las buenas costumbres.”*

Por el contexto de este pasaje podemos decir que las malas compañías no necesariamente son todas las personas que no conocen al Señor, si no aquellos que llamándose creyentes aborrecen la sana doctrina; aquellos que pretendiendo ser hijos de Dios aborrecen el misterio de Cristo y Su Iglesia.

Si queremos tener identidad en el Señor, lo primero que debemos hacer es dejar atrás lo que Dios ya dejó atrás. Si alguno piensa que puede caminar con Dios, y al mismo tiempo mantener todo su ambiente de su vida pasada, está errando. En la Biblia hay muchas historias que narran cómo hombres y mujeres que conocieron a Dios, también tuvieron que dejar atrás su vida pasada. Y hay historias que también nos muestran el fracaso que tuvieron los que no quisieron dejar atrás su vida pasada. Un ejemplo de esto último fue el joven rico, un joven a quien el Señor retó a que lo siguiera, sólo que le dijo que primero renunciara a su apego por el dinero, y la Biblia dice que no fue capaz de seguir al Señor porque tenía muchos bienes, en otras palabras, no quiso dejar su identidad de “rico”.

La Identidad en Cristo es un patrimonio interior, sólo que es como un ahorro para el futuro. La mayoría de personas hoy en día piensan y se preparan para los tiempos de su retiro laboral procurando asegurar una pensión con la cual puedan vivir en su vejez. Así debemos pensar en lo espiritual, necesitamos asegurar un patrimonio interior para que cuando tengamos que partir de este mundo, seamos hallados fieles y aprobados

delante de Dios. Para poder adquirir la nueva identidad en Dios es necesario soltar los arraigos que nos dieron una identidad en nuestra vida pasada. Dichos arraigos de la vida pasada puede ser nuestra familia. El Señor Jesús dijo:

*“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”*

**(Lucas 14:26).**

Si queremos llegar a tener la identidad de ser contados entre los discípulos del Señor, es necesario soltar el apego excesivo hacia nuestra familia cercana. Cuando hallamos dado este paso, entonces, podremos hacer nuestras las palabras que también dijo el Señor Jesús:

*“... ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?  
49Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. 50Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre”*

**(Mateo 12:47–50).**

Si no nos sometemos a este desapego emocional familiar, un día el esposo será la causa de perdición de la esposa; o bien, un hijo llegará a ser la causa de que los padres ya no perseveren, etc. Alguien se preguntará: ¿Hasta donde debemos de llegar entre escoger a Dios o la familia? El Apóstol Pablo contestó esto para los que están casados de la siguiente manera:

*“Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. 13Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone... 15Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios”.*

**(1 Corintios 7:12–15).**

El apóstol Pablo nos dice que primeramente debe estar Dios en nuestras vidas. Un día por “x” o “y” el cónyuge nos puede abandonar, o bien, uno de los dos se puede morir, y se acabó el matrimonio. Y qué si la esposa abandonó a Dios con tal de preservar a su marido, o viceversa. En cambio, si forjamos en nuestro interior una identidad a manera de un patrimonio, ya sea que se acabe el matrimonio, o nos abandonen los hijos, o ya no nos quieran nuestros padres, estaremos de pie delante del Señor, podremos decir con gozo:

*“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. 38Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, 39ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”*

**(Romanos 8:37–39).**

Procuremos tener una identidad en Dios. Dejemos atrás la vida pasada y aferrémonos a todo lo nuevo que nos trae la Vida de Cristo a nuestro

ser. Poseamos, y hagamos uso de todo lo que Dios ha dispuesto darnos de pura Gracia; que nuestro gozo, y nuestro mayor deleite sea estar arraigados y sobreedificados en Él. Digamos como decía David:

*“Yo me alegré con los que me decían: A la casa de  
Jehová iremos”*

**(Salmo 122:1).**

Jovencitos, seguramente muchos de ustedes están en la edad que van a la Iglesia porque sus padres casi los obligan a ir. Aprovechen para que esta práctica se haga parte de su identidad, para que por el resto de sus vidas ustedes puedan caminar, convivir y alegrarse con los justos.

Apreciemos lo de Dios a la manera de como cuando nos dan un regalo. A veces hay amigos o familiares que nos regalan cosas que no tienen mucho valor económico, pero se vuelven muy valiosas a causa de que valoramos a la persona que nos lo dio. Así hagamos con la herencia espiritual que Dios nos ha dado, démosle valor. El valor de la Gracia de Dios será equivalente a lo que decidamos en el corazón. Para darle valor a lo que nos espera en Dios es necesario dejar atrás al pasado; porque sólo quemando el pasado podremos poner nuestra mirada hacia adelante, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

Hay una expresión muy famosa que se dice: “hay que quemar las naves”. Para muchos historiadores el origen de esta expresión “quemar las



naves" cobró vida en los tiempos de Hernán Cortés durante su expedición en México. Se dice que corría el año 1521 y antes de conquistar del país mexicano se produjo un motín. Se trataba de una misión compleja y varias tripulaciones amagaron con regresar a España. De ahí que Hernán Cortés, tras retener la rebelión y certificar su traición en un consejo de guerra, optó por hundir la mayoría de sus naves. Sólo así ya no hubo marcha atrás en la misión, y el objetivo de invasión seguía vivo para la armada española. A esto mismo es lo que nos referimos con quemar el pasado, a que no nos quede nada, ni nadie que nos sirva de obstáculo para abandonar a nuestro Señor Jesucristo y volver a nuestra Vida pasada. Si no quemamos todo el pasado, siempre habrá algo que nos va a ser tentación para volver atrás. Dios nos permita tener presentes las palabras que un día dijo el Apóstol Pedro:

*“Señor, ¿a quién iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna.”*

**(Juan 6:68).**

Rodeémonos de creyentes, de hermanos en Cristo con los cuáles podamos conformar la Iglesia local, de gente que también vaya tras el mismo objetivo espiritual que nosotros. De esta forma crearemos en nuestro interior una nueva identidad, y cada día amaremos más y más nuestra Vida en Cristo.

## 2.- PARA TENER UNA IDENTIDAD DEBEMOS PRACTICAR LO QUE HEMOS CREÍDO.

S  
E  
M  
A  
N  
A  
—  
3  
—

Una de las cosas que más afecta nuestra vida es que creemos mucho y practicamos poco. Nos es necesario reevaluar nuestra fe, no una fe de convicción para salvación, si no la fe de nuestras creencias. ¿Cuáles son nuestras creencias? ¿Creemos que los hermanos con los que nos reunimos conforman el Cuerpo de Cristo? ¿Creemos que los hermanos de la Iglesia son Cristo mismo? ¿Creemos que si le damos un abrazo a nuestros hermanos, es como que estemos abrazando a Cristo? Si realmente creemos esto, practiquémoslo más y más. Si lo que creo, también lo practico, entonces, tal creencia llega a ser parte de mi identidad. Alguien puede decir: “Para mí lo más grande en mi vida es Dios”, sí, pero los días de reunión nunca está en la reunión de la Iglesia; son más las veces las que no está presente, que las que se congrega. No podemos engañarnos a nosotros mismos. Si lo que creemos no lo practicamos, y sólo lo hacemos una teoría, el final será religión.

No perdamos la sana costumbre de dar testimonio de nuestra fe, de invitar a otros a las reuniones de Iglesia, de usar Biblia, porque al practicar estas cosas nuestra identidad se arraiga y se acrecienta. Si no podemos romper con la vergüenza, con el miedo al “qué dirán nuestros compañeros de trabajo que ni siquiera saben que somos “cristianos”, no tendremos una identidad

definida como Hijos de Dios. No es posible que tengan más identidad los fanáticos de los equipos de fútbol como el Barcelona, o el Real Madrid, que nosotros los creyentes.

Jóvenes, tengan cuidado, porque a ustedes el sistema del mundo les quiere robar su identidad. A ustedes jovencitos el mundo los acosa para que no quieran parecerse en lo absoluto a sus padres. Hoy en día las señoritas quieren ser cualquier cosa, menos como su mamá, y de igual manera los jovencitos, no quieren ser como su papá. El modelo que quieren seguir los jóvenes hoy en día es algún famoso en el Internet. ¿Qué serán ustedes jóvenes si no quieren ser como sus padres creyentes?

La identidad se construye con el pasar de los años, no es algo que surja de un día para otro. Es labor de los padres enseñarles a los hijos a vivir en Cristo, pero los jóvenes tarde o temprano tendrán que forjar su propia identidad. Dicen datos de gente estudiosa que un rasgo de los padres que pertenecen a la generación milennial, es que son los que menos se han propuesto inculcarles principios cristianos a sus hijos. Los padres milennial pareciera que crecieron con traumas por haber tenido padres “creyentes”, y por eso no quieren forzar a sus hijos a que vivan lo que ellos tuvieron que vivir. ¡Qué falta de identidad! ¿Qué error puede ser que los milennial hayan sido forzados por sus padres a leer la Biblia? ¿Se les desarrolló una enfermedad acaso por ir a la Iglesia? Ellos tildan de fanáticos a sus padres por asistir a demasiadas actividades en la Iglesia, pero

¿Acaso no hasta los inconversos son fanáticos de algún equipo de fútbol, o cualquier otro deporte? No nos de miedo definirnos por Cristo, no nos dé miedo ser radicales por Él y por Su Evangelio. Está bien que aborrezcamos la religión pero no a Cristo, no nos confundamos.

Hermanos, aferrémonos a lo que hemos creído, y tanto los milenial como los de cualquier generación, no se amilanen ante esta sociedad perversa en la que nos ha tocado vivir. Inculquemos valores en nuestros hijos, que ellos sientan que es pecado no congregarse, porque de hecho es pecado no congregarnos. Los padres demos el ejemplo, seamos fieles en todo lo que conlleva ser verdaderos cristianos, y enseñémosles con nuestra conducta de vida.

No pensemos que sólo nosotros debemos tener una identidad. ¿Acaso los judíos ortodoxos no caminan en las calles sin temor a mostrar la fe que profesan? ¿Acaso las monjas no usan sus atuendos sin temor al qué dirán? Obviamente, no es lo externo lo que nos va a dar una identidad, sin embargo, démonos cuenta que todos necesitamos tener una identidad. Procuremos adquirir nuestra propia identidad como Iglesias de Cristo, no terminemos creyendo que porque ya no somos evangélicos, ahora ya no “somos nada”.

### 3.- TENDREMOS UNA IDENTIDAD SI TENEMOS UNA COMUNIÓN GENUINA CON DIOS.

No seamos ilusos; si no tenemos una comunión genuina con el Señor, nunca podremos arraigar en nosotros una identidad espiritual. Nos debe pasar como aquellos matrimonios que llegan a ancianitos, y aunque ya no tienen intimidad de pareja, aunque ya no hay caricias, aunque parece que sólo peleando viven, cuando uno de ellos muere, a los pocos días muere el otro. ¿Por qué les pasa esto? Porque se llegaron a identificar tanto el uno con el otro, que hasta sus vidas llegaron a depender de su permanencia juntos. Eso nos tiene que pasar a nosotros en el plano espiritual, tenemos que casarnos con Cristo, vivir con Él, y estar con Él hasta el último de nuestros días. Tal comunión con el Señor va a darnos una identidad bien definida.

No pensemos que la comunión con Dios es sólo una práctica. En lo natural alguien puede practicar todos los días el ciclismo, pero no por eso un día le veremos cuerpo de bicicleta; Aunque alguien ame practicar el ciclismo, jamás tendrá una metamorfosis en su cuerpo por tal práctica. La comunión con Dios no es sólo una práctica, puesto que si nosotros tenemos comunión con Dios constantemente, nos va a suceder algo milagroso. La comunión con Dios nos permitirá tener una asimilación metabólica;

S  
E  
M  
A  
N  
A  
—  
4  
—

esto significa que nuestra vida natural empezará a absorber las virtudes de la Vida Divina. Es más o menos como lo que sucede con las cremas tópicas que se usan para desinflamar algún músculo; cuando las aplicamos, a medida que las vamos frotando, el cuerpo las va absorbiendo, y de pronto sentimos el efecto de relajación y desinflamación en el músculo afectado. Dicha crema hizo efecto porque penetró a nuestro cuerpo por medio de los poros, y nuestro cuerpo la asimiló y así se logró el efecto de sanidad. Así es lo que nos sucede cuando nosotros estamos en comunión con Dios. A medida que estamos con Él empezamos a experimentar una asimilación metabólica, al punto que nos vamos haciendo uno con Él; Sus virtudes divinas se llegan a mezclar tanto con nuestro ser natural que después es difícil querer separar lo divino de lo mortal.

Mantengámonos en comunión con Dios, sólo así lograremos ser uno con Él; sólo así tendremos una identidad arraigada en todo nuestro ser, de modo que nada nos podrá separar de Su Amor. Tarde o temprano, buscar a Dios nos traerá una transformación.

Terminaremos este estudio diciéndole algo a los jóvenes. Dice **Eclesiastés 12:1**

*“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento”.*

Este pasaje lo pudiéramos entender de la siguiente manera: “Forja tu identidad con tu Creador en los días de tu juventud, antes que lleguen los malos años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento”.

Es cierto que todos podemos morir a cualquier edad, pero supongamos que todos llevamos el curso normal de la vida, y un día moriremos de viejos. Los que ya estamos maduros, y nos hemos desviado del camino todavía tenemos la oportunidad de enderezar la plana de nuestra vida, sin embargo, así como van los tiempos, los jóvenes no tendrán oportunidad más adelante de cambiar, o agarran una identidad firme como Hijos de Dios “ya” (ahora), o más adelante no podrán hacerlo. A la juventud de ahora el sistema les ha robado el crecimiento “normal” que tuvieron todas las generaciones que los precedieron. Los jóvenes han carecido de la vivencia del “tú al tú”, no han tenido la oportunidad de hablar de “frente a frente”, si no que han crecido siendo tutorados por una pantalla de video, y no por sus mentores paternos. Sus comunicaciones son frívolas, y su forma de conocer no necesariamente es la realidad; a esto los estudiosos le llaman “autismo digital”. Debido a estos fenómenos sociales, jóvenes tienen que reaccionar “ya”. Si ustedes no hacen nada hoy, cuando lleguen a los cincuenta años no les quedará más que aceptar los años de su vejez sin contentamiento.

Y a los maduros, a los que tienen ya más de cincuenta años de edad también les decimos: Forjen su identidad espiritual ahora, para que a la vuelta de unos veinte años, cuando se den cuenta que todo se acaba en la vida, tengan el patrimonio interior de un Cristo que es capaz de provocar una existencialidad incomparable.

¡Dios les bendiga!